

# Una historia de Quito

---

Luis Valencia Rodríguez\*

Señoras y señores, apreciados compatriotas:

Quiteño por todos los costados como soy, tengo el defecto de no ser historiador. Por ello, creo que la Federación de Instituciones de Pichincha se ha equivocado al invitarme a hablarles esta noche de las razones por las cuales la ciudad de Quito fue bautizada como Luz de América. Sin embargo, a manera de compensación y con la benevolencia de ustedes, quiero tan solo trazar unos cuantos brochazos acerca de mi querida ciudad.

## **Ciudad de Quito, colonizadora y descubridora**

El 28 de agosto de 1534 se fundó la ciudad de Quito en la llanura de Cicalpa, pero solo con la entrada de Sebastián de Benalcázar en lo que llamó la “principal población de los

Ingas” se estableció definitivamente el 6 de diciembre de 1534 la Villa de San Francisco de Quito sobre los escombros que dejara Rumiñahui. Fue el mismo asiento geográfico donde se había establecido el centro político de los Caras, los Shiris y después de los Incas.

Pocos años más tarde, en 1541 Gonzalo Pizarro organiza su legendaria expedición para descubrir las fabulosas tierras del oro y la canela que solo existían en las leyendas. Fue uno de sus tenientes, el “tuerto” Francisco de Orellana quien, con gente de Quito y con recursos de Quito, en un improvisado bergantín y luego de inenarrables obstáculos, vencidos a fuerza de tenacidad, fe e inagotable energía, cruzó el Napo, descubrió y navegó todo el Amazonas, salió al Atlántico y llegó a España.

Desde ese Quito primitivo y valiente, otros expedicionarios, como

---

\* Embajador de carrera del Servicio Exterior Ecuatoriano y ex Canciller de la República. Actualmente en Servicio Pasivo.

Pedro de Vergara, Juan Porcel, Hernando de Benavente, Alonso de Mercadillo penetraron en las ignotas tierras del Oriente, junto con los jesuitas de Quito y otras órdenes religiosas.

El 29 de agosto de 1563, el Monarca español dictó la Real Cédula de creación de la Real Audiencia y Presidencia de Quito, donde dispuso que esta nueva entidad política tendrá como límites hasta el puerto de Paita exclusive, y por “tierra adentro hasta Piura, Cajamarca, Chachapoyas, Moyobamba y Motilones, exclusive”, incluyendo “los pueblos de Jaén, Valladolid, Loja, Zamora, Cuenca, La Zarza y Guayaquil...y hacia la parte de la Canela y Quijos, tenga los dichos pueblos con todos los demás que se descubrieren...”

Así fue Quito en los albores de sus primeros años...

### Quito revolucionario y rebelde

Entre julio de 1592 a abril de 1593, Quito vivió incidentes dramáticos y por primera vez se habló de la independencia de la Patria. El origen de todo fue la resistencia popular al pago del impuesto de las alcabalas, que era apenas del 2% sobre la venta de ciertos artículos en los mercados. Los incidentes culminaron con el asesinato de don Alonso Moreno y Bellido, el querido Procurador de la ciudad, ante lo cual el pueblo se sublevó. El Virrey de Lima envió fuerzas militares para sofocar la re-

vuelta. Entraron en Quito con engaños sin necesidad de usar sus armas. Se organizó entonces un furibundo tribunal de dos personas que juzgó implacablemente a los revoltosos. Se los hacía ahorcar por la noche, de modo que los vecinos pudiesen a la mañana siguiente contemplar los cadáveres colgados desde los balcones. Hubo en Quito angustia, dolor y luto...

En la noche del 9 al 10 de agosto de 1809 se redactó el acta, mediante la cual el pueblo de Quito, ante los deplorables acontecimientos ocurridos en España por el “tirano de Europa”, Napoleón, declaró que reasumía sus derechos originarios, se destituía a la falsa autoridad representada por el Presidente de la Audiencia el Conde Ruiz de Castilla y se nombraba otra legítima con el nombre de “Junta Soberana”. Los Dres. Ante, Morales, Quiroga, el Capitán Salinas y otros fueron los promotores del patriótico movimiento. Los miembros del nuevo Gobierno fueron el Marqués de Selva Alegre, Presidente; los vocales, Marqués de Orellana, Marqués de Solanda, Conde de Casa Guerrero, Marqués de Miraflores, don Manuel Zambrano, don Manuel Matheus y don Pedro Montúfar. Los Ministros, Morales y Quiroga. El Obispo de Quito fue designado Vicepresidente.

Las fuerzas enviadas por los Virreinos limítrofes restituyeron en su cargo al decrépito Presidente Ruiz de Castilla, quien olvidando las

promesas de perdón y olvido, hizo apresar a los patriotas quiteños. El pueblo se rebeló ante los procedimientos de conquista que adoptaron esas fuerzas. Armados solamente de palos y cuchillos los vecinos de Quito lograron desarmar a los guardias y llegaron hasta las celdas de los presos con el afán de libertarlos, pero el pueblo no pudo vencer la resistencia de las tropas acantonadas en el cuartel Real de Lima. Sin pérdida de tiempo, las fuerzas del Virrey procedieron a una matanza general de los prisioneros que no habían logrado escapar. Algunos fueron fusilados durante el ataque y otros liquidados a hachazos. Así murieron Juan de Dios Morales, Manuel Quiroga, Juan de Larrea, Vicente Mariano Peñaherrera y muchos otros patriotas, hasta 72. En otras prisiones y en las calles, cayeron como trescientos. Fue la matanza en Quito del 2 de agosto de 1810.

### Quito en las faldas del Pichincha

El Libertador Bolívar envió a su mejor General, Antonio José de Sucre, para que dirigiera la campaña libertaria de la Presidencia de Quito, todavía en poder de la Corona española. En la mañana del 24 de mayo de 1822, los dos ejércitos se enfrentaron en las faldas del volcán Pichincha. Los realistas fueron derrotados y el General Aymerich fue obligado a capitular. El General Sucre, en el parte elevado al Libertador le informó así:

“Los resultados de la jornada de Pichincha han sido la ocupación de esta ciudad y sus fuertes el 25 por la tarde...y la toma de 1.100 prisioneros de tropa, 160 oficiales, 14 piezas de artillería, 1700 fusiles, fornituras, cornetas, banderas...y cuantos elementos de guerra poseía el Ejército español...Cuatrocientos cadáveres enemigos y doscientos nuestros han regado el campo de batalla...Los cuerpos todos han cumplido con su deber...hago una particular memoria de la conducta del Teniente Calderón que habiendo recibido sucesivamente cuatro heridas no quiso retirarse del combate...Probablemente morirá...”

Así se logró la independencia de la Presidencia de Quito.

### Los amores del Gran Mariscal Antonio José de Sucre

En mayo de 1821, el General Sucre llegó a Guayaquil para emprender la campaña que culminaría en la victoria de Pichincha. Allí, en el baile organizado en honor del General Villamil, conoció a una bella porteña de 16 abriles, Pepita Gainza. En una contradanza, las condecoraciones del General quedaron enredadas en el corpiño de la bella Pepita, ante lo cual el futuro Mariscal de Ayacucho comentó: “Señorita, este incidente quiere decir que mis glorias le pertenecen”, a lo que, sin perturbarse, la bella porteña le contestó: General, me haré digna de ellas”. Prendado

de esa belleza, el General le dejó sus condecoraciones.

Los incidentes de la guerra llevaron a Sucre hacia otras latitudes. El triunfador de Pichincha, entró en Quito en la tarde del 25 de mayo, y ese mismo día recibió la visita del viejo Marqués de Villarrocha y de Solanda, antiguo adalid de la libertad, quien invitó al General a que le hiciera el honor de visitar su casa. En esa visita, efectuada el domingo siguiente, el joven General conoció a sus tres hijas, doña Mariana, doña María y doña Josefa Carcelén y Larrea. Quedó gratamente impresionado de la primogénita, doña Mariana.

Sucre, resuelto a contraer matrimonio con la Marquesita de Solanda, escribió a Pepita Gainza para comunicarle su resolución. Pepita con toda nobleza, contestó a Sucre que remitía a la Marquesita las medallas que había guardado desde la memorable noche del baile...

Otra vez los incidentes de la guerra, llevaron a Sucre a la ciudad de La Paz, desde donde envió a su amigo quiteño, el Coronel Vicente Aguirre, los poderes suficientes para contraer matrimonio, el mismo que se celebró en Quito el 20 de abril de 1828. Sucre vivió con su flamante esposa apenas 11 meses. Llegó a Quito el 30 de septiembre de 1828 y partió para la campaña de Tarqui a fines de enero del año siguiente. Estuvo con ella hasta diciembre, en que partió para asistir a las sesiones del Con-

greso Admirable. A su regreso, fue vilmente asesinado en las montañas de Berruecos...

### El nuevo Estado que nace en Quito

De 1822 a 1830, la Presidencia y Audiencia de Quito, con el nombre de Distrito del Sur, formó parte de la Gran Colombia, el gran sueño del Libertador.

El 13 de mayo de 1830, las Corporaciones y padres de familia de Quito resolvieron “Constituir un Estado libre e independiente, con los pueblos comprendidos en el Distrito del Sur y los más que quieran incorporarse mediante las relaciones de naturaleza y de recíproca conveniencia”. Pocas semanas después se reunió en Riobamba la primera Asamblea Constituyente, que dictó la primera Constitución y eligió como el primer presidente de la naciente República al general venezolano Juan José Flores, quien se desempeñó como jefe supremo. La gran dificultad con que tropezaron los “padres de la Patria” fue el nombre que darían al nuevo Estado, pues el tradicional nombre de Quito, herencia indígena mantenida durante la Audiencia, suscitó resistencias. De ese modo, los asambleístas resolvieron recurrir al nombre utilizado por los sabios franceses que habían visitado esta región varios años atrás para hacer estudios sobre la medición del meridiano terrestre y que habían utilizado el nombre de Ecuador.

## Las heroínas de Quito

Muchas son las quiteñas que se han destacado en la historia por su hidalguía y abnegación, por la fortaleza de su espíritu y por la nobleza de sus acciones.

La figura de Manuelita Sáenz, la amante y favorita del Libertador, se destaca con caracteres indelebles.. A fines de 1822, sobresalió ya por su firme adhesión a la causa de la independencia, pues de las ciento doce caballeresas de la Orden del Sol, la entonces señora Sáenz de Thorne fue una de las más exaltadas patriotas. Casada con el médico inglés Jaime Thorne dejó a su marido para entregarse a Bolívar.

Los más prominentes hombres de la época tributaban a Manuelita las mismas atenciones que habrían acordado a la esposa legítima del Libertador, aunque las señoras eran particularmente esquivas con la favorita, y esta nada hacía por mostrarse simpática entre los seres de su propio sexo.

El destino o la Providencia reservaron a Manuela Sáenz el papel de salvadora de la vida del Libertador, pues en la aciaga noche en que los septembristas invadieron el Palacio en Bogotá, ella obligó a Bolívar a descolgarse por el balcón y, viéndolo a salvo, se encaró valientemente con los asesinos, deteniéndolos y extraviándolos en su nefasta tentativa. Desde entonces se le conoció como la Libertadora del Libertador.

Perseguida y acosada por sus enemigos, se refugió en Paita, donde llevó una vida digna pero miserable. Víctima de las enfermedades y la pobreza, la anciana tullida de Paita bien debía añorar los días de esplendor y gloria. Murió en ese ignoto puerto peruano, olvida por quienes le debían por lo menos gratitud.

Otra Manuela, la quiteña Manuela Cañizares, simboliza la pasión por la libertad. Los salones de su casa sirvieron de lugar para las confidencias y los planes de los conjurados del 10 de agosto de 1809. Ella protegía las reuniones en que se servían los consabidos pastelillos de la época con el clásico chocolate. No faltaban las galanterías para la dueña de casa, devueltas con ingeniosa aceptación o con delicado rechazo, mientras se elaboraba el plan que daría a Quito el calificativo de Luz de América.

Otra mujer, Marieta de Veintimilla descolló en Quito por la elegancia de su figura y de su palabra, por su rara belleza y su clara inteligencia. Cultivó su espíritu con la apasionada lectura de los clásicos y su amor por la música. No se sonrojó al intervenir directamente en la política y, sobre todo, demostró su coraje y arrojo al salir a las calles de Quito y ponerse al frente de las tropas para defender a su tío, el General Ignacio de Veintimilla, el “mudo” al decir de Juan Montalvo, cuando fracasó en su intento de proclamarse dictador. Marieta, sin importarle la reacción de las masas populares,

arengaba a las tropas para que defendieran al General encaramado en el poder. Vencida y presa, fue desterrada a Lima.

### Hetairas de Quito

Sería un enorme trabajo tratar de ofrecer una visión, aunque panorámica, de las hetairas que se han destacado en Quito o que aún despliegan sus encantos en salones y calles de la ciudad.

Lola Vinueza era una mujer sensual que con su paso suscitaba los deseos masculinos más urgentes. Sabía lo que poseía y lo utilizaba con depurada sabiduría. Los hombres andaban detrás de ella como enloquecidos por el deseo. Ella administraba las visitas de sus adoradores con especial parsimonia, lo que despertaba más el ansia y la desesperación de todos.

Un destacado poeta quiteño, Jorge Carrera Andrade, escribió un bello poema en su honor, “Mademoiselle Satan” donde describió las voluptuosidades y los encantos que prodigaba la bella Lola. El poeta decía, entre otras cosas:

“Mademoiselle Satán, rara  
orquídea de vicio:

.....

¿Por qué probó mi lengua el  
sabor de tu sexo  
y el vino que en la noche des-  
tilan tus pezones?”

Y este poema fue publicado allá por 1925, en una ciudad todavía pacata y hasta hipócrita. La reacción contra el poeta no se hizo esperar, pues tuvo que esconderse para no ser víctima de las represalias de los moralistas hasta que pasara el vendaval.

Mucho más recientemente, ¿quién no admiró en Quito a la Landines? Era una mujer escultural, bien vestida y perfumada, que paseaba por las calles con un no disimulado aire coquetón. ¿Quién no podía ser víctima de sus encantos? Muchos hombres la adoraban de pies a cabeza. Uno de ellos, el Oficial Pagador de Pichincha recurrió a los fondos públicos y los utilizó para satisfacer los caprichos de la bella y, descubierto el desfalco, terminó en la cárcel pública. Un escritor, Iván Egüez, inmortalizó a la hetaira en una novela titulada “La Linares”, donde hace hablar a la protagonista. Ella dice:

“Gracias a mí la gente tiene de que hablar, de otro modo se pasarían rumiando sus tristuras y lloviznas interiores. Por mí las mujeres han aprendido a lavarse bien las partes y a cambiarse de vestido y de peinado. Por mí los hombres sueñan en mujeres bellas o van con ganas a la cama...”

La Linares, o Landines, se arrepintió más tarde de su vida. Encontró consuelo en la religión y, como penitencia de sus culpas, una noche, por las ondas de la radio, pidió perdón por su vida disoluta. Y, al pedir

perdón, dio a conocer los nombres de sus asiduos visitantes y de quienes habían saboreado sus encantos... ¡Tamaña algarabía y descomunal bronca que se armaron en muchos hogares, especialmente en los llamados dignos y decentes!

### Quito, ciudad de tragedias

Por el año 1625 llegó a Quito un distinguido matrimonio chileno. Adinerados como eran, buscaron aislamiento en la “Subida de la Recolectión”, y de este matrimonio nació una bella niña que con el transcurso de los años se convirtió en una hermosa doncella, a la que perseguían en amores los más apuestos jóvenes. Se le apodó como la “Chilena”, pues su nombre se fue borrando ante los destellos de su belleza. Contrajo matrimonio con un caballero también chileno, don Domingo Lastarria y Bastarrachí, quien desde el principio vivió carcomido por los celos.

Don Domingo debió viajar fuera de Quito, y durante esta ausencia la bella Chilenita fue presa de la enfermedad. Se llamó a un fraile mercedario de la “Recolectión de El Tejar” para que confesara a la moribunda....Fue en esos momentos en que improvisamente llegó don Domingo. Fue el instante trágico, pues solo contempló que el fraile se inclinaba hasta casi tocar con su boca el rostro pálido de la mujer, que yacía extendida en el lecho como esperando la suprema caricia. De un fuerte

tajo de su espada, don Domingo cortó la cabeza del fraile e inmediatamente atravesó el corazón de la mujer que pensaba le era infiel.

Desde entonces la parte occidental de la ciudad, se conoce como el barrio de “La Chilena”.

Laura Pérez de Oleas nos cuenta que el 6 de agosto de 1875, después de orar en la Catedral, como solía hacerlo con piadosa devoción, el Presidente Gabriel García Moreno se encaminaba hacia el Palacio de Gobierno. Llevaba en sus manos el mensaje que dirigiría al Congreso pocos días después. Lo esperaba Faustino Rayo, su compadre.

-¡Tirano!...¡Tiranuelo!- dice Rayo y sigue en pos del Presidente alcanzándolo antes de que llegara a la entrada del Palacio.

¡Al fin llegó tu día, bandido!...le grita.

El Magistrado saca su revólver. Rayo lo ve y de un golpe de machete en la mano hace caer el arma. A fuerza de golpes de machete, el asesino lo lleva hasta una de las ventanas del Palacio y lo ataca. Le grita, mientras continúa tajándolo:

-¡No hay perdón!...¡No hay misericordia! ¡Bandido, canalla!. ¡Me destrozaste el honor y yo te destrozó la cabeza! ...¡Adúltero!

De un empujón lo lanza desde la ventana a la plaza, y se precipita sobre el agonizante Magistrado dándole el tajo final...

Hay otros conjurados en este asesinato, pero el autor material, Faustino Rayo, trataba de vengar la afrenta que su compadre, García Moreno, le había hecho con su mujer, la bella Merceditas Carpio. En ese mismo instante, fue ajusticiado Rayo. ¡Qué trágico y funesto día, ese 6 de agosto de 1875: la pobre y hermosa Merceditas perdió de un solo golpe al marido y al amante!

El 28 de enero de 1912, los cabecillas de la Revolución de Guayaquil llegaban a la prisión de Quito, luego de ser derrotados. Ellos eran los Generales Eloy Alfaro, y sus hermanos Medardo y Flavio, el General Ulpiano Páez, el General Manuel Serrano y el Coronel Luciano Coral. Llegaron hasta el Panóptico, pero la muchedumbre irrumpió en esa fortaleza, pues los soldados que debían custodiarla, nada hicieron. Ciegos de la ira, liquidaron a los presos indefensos, y el principal asesino era José Cevallos, jefe de la cochera presidencial. Al grito de ¡Viva la Religión! y ¡Mueran los masones! se consumó el macabro sacrificio.

Luego, un rumor inmenso. La plebe, ebria de sangre, loca, delirante, se precipitó desde el Panóptico por la calle Rocafuerte hacia Santo Domingo. El populacho arrastraba

los cadáveres, desnudos, sangrantes, con los cráneos triturados. Llegaron hasta el Parque de El Ejido y allí encendieron las piras.

En el norte de la ciudad, persistió el nauseabundo olor de la carne quemada. Así ardió en Quito la “Hoguera Bárbara”.

Del 29 de agosto al 1° de septiembre de 1932 se encendió en Quito la lucha armada que se conoció luego como los “Cuatro Días”. El Congreso de aquel año descalificó al candidato presidencial que había ganado en las elecciones previas, don Neftalí Bonifaz, con el apoyo de la derecha. Se encontró que don Neftalí, nacido en Quito, era hijo de un diplomático peruano y de madre ecuatoriana, y había llevado esa nacionalidad – la peruana – en gran parte de sus actos públicos, e incluso así había declarado en documentos notariales. Interrogado alguna vez por qué se había declarado peruano si había nacido en Quito, había contestado: “Son cosas de mi despreocupada juventud...” Pero las cosas no quedaron allí. La Compactación Obrera Nacional defendía a don Neftalí...

El 27 de agosto la guarnición de Quito se sublevó en apoyo al candidato descalificado, y los compactados formaron filas para luchar por don Neftalí. Cayeron sobre Quito unidades militares provenientes del norte y el sur, pues en todo el país no tuvo respaldo la sublevación de la guarnición quiteña. Fueron cuatro

días de lucha cruenta, a pesar de las gestiones que realizaron los diplomáticos extranjeros. Hasta el 1° de septiembre se combatió con denuedo. El resultado fue más de dos mil vidas sacrificadas inútilmente.

El 31 de mayo de 1960, el Profeta Velasco Ibarra se dirigía con su verbo encendido y su dedo en alto a la masa congregada en la Plaza de San Francisco, y arengaba en estos términos:

“Vosotros, los hombres que estáis aquí...vosotros los fuertes brazos, el momento que sois velasquistas sois la despreciable chusma velasquista...Solemne insolencia: “chusma, chusma”. En esta chusma hay artesanos beneméritos, de gran corazón y nobles espíritus; en esta chusma hay mujeres abnegadas que sacrifican su existencia para salvar a sus hijos de la pobreza...”

Y fue esa chusma la que llevó al Dr. Velasco Ibarra cinco veces a la presidencia de la República.

Años más tarde, después de la quinta administración, el Dr. Velasco Ibarra y su Señora se radicaron, como siempre solían hacerlo, en Buenos Aires. Fue allí, en un deplorable accidente provocado por un bus público cuando la señora de Velasco Ibarra perdió la vida. Su ma-

rido trajo su cadáver a Quito para darlo sepultura y, según su propia expresión, “para meditar y morir...” Como así sucedió.

### Por las calles de Quito

Ha habido personajes que han despreciado a Quito. Basta recordar el caso de un diplomático extranjero, a quien nada de Quito le gustaba, ni su clima, ni sus calles, ni sus magníficas iglesias, ni sus comidas, ni sus mujeres. Insistentemente pedía a su Gobierno que le enviasen a otro destino, pero como ese Gobierno mantenía los oídos sordos, el diplomático envió a sus superiores el siguiente ultimátum:

“Por Dios, pido que de Quito me quiten, porque si de Quito no me quitan, yo aquí en Quito, la vida me quito”.

Muchos años antes, ya el padre Juan Bautista Aguirre, egregio poeta nacido en Daule, describía así a la ciudad de Quito:

“Es su situación tan mala,  
que por una y otra cuesta  
la una mitad se recuesta,  
la otra mitad se resbala;  
ella se sube y se cala  
por cerros, por quebradones,  
por guaicos y por rincones,  
y en andar así escondida  
bien nos muestra que es guarida  
de un enjambre de ladrones”

Quizá el padre Aguirre quiso anticiparse en más de una centuria a un personaje que, en verdad, haría noticia y fama en la ciudad de Quito: el “Águila quiteña”, personaje de dedos finos, vivísimo, hábil de recursos, habilidoso, un ladrón típico del Quito de los años treinta, pero incapaz de un acto de violencia, menos de un crimen. Era todo un señor-ladrón. ¡Qué diferencia con los asaltantes que ahora abundan en Quito!

Luis Aníbal Paz, el “Águila quiteña”, fue objeto de muchos comentarios por su lucida calidad de “punga”. Se dice que un día introdujo sus dedos en los bolsillos de Don Pachito Chiriboga Bustamente, personaje típico del Quito de entonces, hombre de mucha fortuna, y de modales exquisitos, al extremo de que cuando la telefonista le preguntaba el número al que quería comunicarse, pues en esa época era indispensable contar con el auxilio de la telefonista, don Pachito, muy educado, le decía: “El que usted guste, señorita”. Pues bien. Cuando nos Pachito llegó a casa, metió su mano en el bolsillo y encontró un papel que decía: “Para otra vez, lleve por lo menos unos 100 sucres y no sea mucu. (f) Águila quiteña”

Años después, Luis Aníbal Paz era el próspero propietario de dos cabarets situados en la Avenida Colón y la 10 de agosto, lugar que se lo conocía como la “Colón de a perro”: eran el “Happyland” y el “Araña

Negra”. Una concurrencia distinguida y nutrida llenaba noche a noche esos lugares, donde iban a disfrutar de las chicas que gustosamente proporcionaba don Aníbal. ¡Ministros de Estado hacían cerrar las puertas de los cabarets para gozar a solas y sin testigos!

La vida tiene sus vaivenes. Cuando sus negocios fueron clausurados, el “Águila” viajó a Lima, donde tuvo la mala suerte de ser acusado de tráfico de drogas y sentenciado a prisión en la fortaleza de El Frontón. Allí Luis Aníbal Paz encontró la muerte: fue apuñalado por otros reclusos.

Pero por las calles de Quito han circulado también otros personajes, como el Trompudo Miranda, el Terrible Martínez, el Shuqui Endara, la Torera y otros que, entre serio y broma, han descubierto los secretos de las alcobas o los hilos de la política.

### Y al fin, ¿qué mismo es Quito?

Raúl Andrade dijo que Quito era “una aldea de topografía ondulosa y quebrada, hecha como para organizar el tráfico de huracanes helados. Aldea de casas chatas, sobre cuyos tejados uniformes se yerguen campanarios desafiantes que talarán el cielo con sus agudas cúpulas y el alma de las gentes con el tañido lúgubre de las campanas”.

Es la vieja y “estrecha calle de La Ronda”, que “se mantiene incrustada como arteria típica en la

entraña de Quito”. Son los fantasmas que no dejaron en paz a nuestros antepasados, como la Viuda que perseguía a los pecadores, las almas en pena, el Cucurucho de San Agustín, el candelabro de San Francisco. Pero los fantasmas desaparecieron cuando llegó la luz eléctrica...Cosas de la civilización.

Jorge Carrera Andrade ha dicho:

“Machángara de menta: eres mi río.  
Atraviesas mi pecho y no los prados.  
Aguas de historia y lágrimas de siglos,  
mortaja de crepúsculos ahogados”.

Ludwig Bemelmans ha escrito:

“En cuevas y bajadas, anchas curvas y repentinos descensos corren sus calles y se levantan sus albas casas...En horas tempranas de la mañana dominguera, cuando se dirige uno a las colinas de Quito, y desde allí se mira hacia abajo, la ciudad parece como si fuera de mazapán atormentado de moscas negras. Las moscas son los frailes y mujeres pequeñas envueltas en mantos negros que corren a las iglesias...”

Quito era todo eso. Pero allí están todavía los barrios de El Pla-

cer, el Panecillo, San Juan, Itzim-bía, la Loma Grande y la Chiquita, el Arco de la Reina y el Arco de la Magdalena, La Tola, la Chilena, la Ronda, la Alameda, las Churretas, la “Guaragua”, Chahuarcucho, Guanga Calle, Quebrada de Jerusalem, la Colmeda Alta y la Baja, San Roque, Puente de los Gallinazos, el Mesón, Mama Cuchara, Belén o Vecracruz, Panteón de los Protestantes, Santa Prisca, el Batán, Esquina de la Virgen, la Casa del Cañón, la Casa del Toro, el Aguarico. El Girón, Manosalvas, el Cebollar, el Tejar, Plaza Marín, La Recoleta, la Esquina del Guambra, la Plaza del Teatro, las Cinco Esquinas. Y, en medio de todos estos barrios, se yergue la Plaza Grande con la Catedral, el Palacio de Carondelet con sus historias muchas de ellas inconclusas y sus tragicomedias, el Palacio Arzobispal, el Palacio Municipal - hoy dizque modernizado, y allí mismo está el gallito de la Catedral, siempre pintón y desafiante. Por los vericuetos de esta plaza y de estos palacios, deambulan todavía los recuerdos de los legendarios hoteles Metropolitano y Majestic que quizá pueden todavía contarnos los secretos que guardan en sus cofres escondidos...

Ese es el Quito, Luz de América. Antaño tranquilo y recoleto, con escondidos senderos para los encuentros furtivos. Ahora, abierto y altivo como toda ciudad que se precia de haber lanzado el primer grito de la

independencia y que aún no se deja  
avasallar por una modernidad que  
avanza a pasos agigantados.